

Narrar el silencio: la experiencia de los hijos de exiliados y desaparecidos en la literatura argentina de las últimas décadas

Marcela Crespo Buiturón¹

Resumen

En la literatura argentina de las últimas décadas, emerge una línea estético-ideológica que sostiene una posición cuestionadora de los relatos hegemónicos, muchas veces asociados al patriarcado, sobre la violencia política durante la última dictadura cívico-militar, tanto provenientes del discurso militar como de las fuerzas insurgentes, por lo que dicha línea queda anclada en un espacio conflictivo y fronterizo, que recoge bases tópicas de aquellos discursos para pensarlos desde un lugar crítico. En este marco, destaco una arista que ha ido creciendo desde finales del siglo pasado: los relatos de las hijas de exiliadas o desaparecidas que intentan, por una parte, construir su propia identidad mediante la reconstrucción de la historia materna, y por la otra, instalar un radical cuestionamiento contra el abandono de sus padres y la condena a un forzado silenciamiento de su memoria, de los que los hijos se consideran víctimas. Así, algunos estudiosos han dado en llamar a estas, las “narrativas de lo invisible” (Mèlich), “del vacío” (Gatti) o hasta “antirrelatos” (Escudero). En esta oportunidad, quisiera analizar dos novelas que considero paradigmáticas: *A veinte años, Luz* (1998), de Elsa Osorio, y *Lengua madre* (2015), de María Teresa Andruetto.

¹Investigadora Independiente del CONICET. Docente de la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Avellaneda y la Universidad del Salvador. - marcela.crespo@conicet.gov.ar

Narrar el silencio: la experiencia de los hijos de exiliados y desaparecidos en la literatura argentina de las últimas décadas

Abordar problemáticas como el exilio, el silencio o los desaparecidos por la última dictadura cívico militar supone el relevamiento de una copiosa bibliografía, tanto ficcional, como testimonial, crítica y teórica, escrita desde enfoques muy diversos, lo cual denuncia claramente la complejidad de aquellas. En este ejercicio, intentaré focalizar mi análisis en una arista muy acotada: los relatos de las hijas de exiliadas o desaparecidas que intentan, por una parte, construir su propia identidad mediante la reconstrucción de la historia materna, y por la otra, instalar un radical cuestionamiento contra un forzado silenciamiento de su memoria, de lo que los hijos e hijas, en términos generales, se consideran víctimas. Así, algunos estudiosos han dado en llamar a estas, las “narrativas de lo invisible” (Mèlich, 2006), “del vacío” (Gatti, 2006) o hasta “antirrelatos” (Escudero, 2001). En atención a la necesaria brevedad de esta exposición, quisiera restringir mi abordaje a dos novelas que considero paradigmáticas: *A veinte años, Luz* (1998), de Elsa Osorio, y *Lengua madre* (2010), de María Teresa Andruetto. En ambos textos, las hijas de desaparecida e insiliada respectivamente, afrontan el vacío de las historias maternas y emprenden viajes que ocultan, detrás del traslado espacial, una forma de retrospectiva. Es un periplo sin rumbo cierto que más que pretender exorcizar el demonio del silencio, busca curar el quiebre identitario.

Entiendo que estas novelas se inscribe en una línea estético-ideológica mayor que sostiene una posición cuestionadora de los relatos hegemónicos, muchas veces asociados al patriarcado, tanto provenientes del discurso militar como de las fuerzas insurgentes, por lo que dicha línea queda anclada en un espacio conflictivo y fronterizo, que recoge bases tópicos de aquellos discursos para pensarlos desde un lugar crítico. Me refiero a una serie de novelas de escritoras argentinas de las últimas décadas, cuyos textos han ido apareciendo desde los '80 en adelante: *Conversación al sur* (1981), de Marta Traba; *El resto no es silencio* (1989), de Carmen Ortiz; *El Dock* (1993), de Matilde Sánchez; *El silencio de Kind* (1999), de Marcela Solá; *Viene clareando* (2005), de Gloria Lisé; y *Todos éramos hijos* (2014), de María Rosa Lojo.

La novela de Osorio narra la historia de Luz, quien fuera robada a su madre en un centro clandestino de detención para reemplazar al nieto de un general del ejército muerto al nacer. En cinco capítulos dispuestos en sentido circular, iniciando y cerrándose la historia en el año 1998, la indagación de la protagonista va insuflando voz a los muertos y recabando el testimonio de los que han quedado vivos. La retrospectiva de la narración nos lleva a 1976, en el segundo capítulo; nos catapulta a 1983 en el tercero y nos hace avanzar por el segundo lustro de los años 90 en el cuarto. Asimismo, esta estrategia nos permite transitar, a partir de cada personaje, por los diferentes posicionamientos socio-políticos frente al conflicto armado, y paralelamente, habilita el proceso de reconstrucción identitaria de Luz.

Por su parte, Julieta, la protagonista de la novela de Andruetto, emprende un viaje a Trellew, donde su madre se había “guardado” durante la dictadura y donde ella misma había nacido, para ser luego enviada a vivir en casa de sus abuelos. Poco después de la muerte de María Julia, su madre, Julieta va a desarmar su casa y es allí donde tiene acceso a una serie de cartas, recortes periodísticos, fotos, telegramas... que le permitirán acceder a otras facetas desconocidas de su vida.

Dos madres militantes; dos hijas con la mayor parte de su vida silenciada, buscando armar el rompecabezas de su identidad a través de palabras ajenas. También dos padres ausentes, alejados del conflicto no solo político, sino también familiar. Podría decirse que son historias paralelas, pero cada una con sus peculiaridades.

Los ejes vertebradores comunes son, sin duda, el silenciamiento de la historia de la madre que redundará en la fractura identitaria de las hijas; el cuestionamiento de estas últimas a sus padres por involucrarlas forzosamente en el conflicto; y, aunque luego de una ardua pesquisa con alto impacto emocional y político, el reencuentro casi visceral de estas hijas con sus madres.

Pero quisiera detenerme, contrariamente, en uno de los puntos de aparente distanciamiento: el rol del silencio.

La novela de Osorio explora, sin duda, una serie de binomios que se corresponden en todo momento: luz-sombras; palabra-silencio; memoria-olvido; aparecida-desaparecida, en los que el primer término siempre apela a la búsqueda y objetivos de la protagonista, mientras los segundos visibilizan los efectos devastadores del conflicto tanto en su historia familiar como en el colectivo social. La última antinomia: aparecida-desaparecida, no solo puede pensarse para el caso de la madre, sino también de la hija, y

expone la forma más cruda del cuestionamiento de la segunda generación. Luz dice claramente: “a mí me obligaron a desaparecer. Ellos, los asesinos, pero antes mis propios padres, me expusieron a ese triste destino de ser desaparecido... con vida” (Osorio, 2008: 94). Un reclamo que encuentra su correspondencia en la novela de Andruetto cuando Julieta comienza a “meterse en sus cosas sin pudor, a llegar también hasta su padre [...] y a lo que pudo haber sido la vida de los dos corriendo detrás de todos los necesitados del mundo, sin preguntarse qué necesitaba su hija...” (Andruetto, 2010: 15).

En un trabajo sobre la primera novela, María Eugenia Osorio Soto sostiene: “Narraciones como *A veinte años*, Luz emergen como un intento de poner palabras al vacío, a la desaparición, al robo de identidad y de presentar la *otra* versión de la historia” (2011:177). El silencio parece pensarse como una suerte de sinónimo de ese vacío y tiene su correspondencia con la imagen de la sombra que intenta eclipsar la luz de la verdad ocultada y que la protagonista, ya desde el nombre, va a dar a luz. Es decir, se emprendería, como sostiene Gabriel Gatti, una escritura de lo invisible y el vacío (2006: 34).

En este punto, recuerdo, como me ha pasado con otras novelas que plantean situaciones semejantes a las de Osorio, las palabras de María Zambrano en su ensayo *Filosofía y Poesía*: “he preferido la oscuridad que en un tiempo ya pasado descubrí como penumbra salvadora, que andar errante, solo, perdido, en los infiernos de la luz” (2006:11). Y evoco esta frase porque me permito poner en sospecha la confianza sobre la posibilidad de reponer las palabras de los desaparecidos. Pienso que, antes que quebrar su silencio, sería más iluminador, si queremos continuar la metáfora de la luz, no ver al silencio como un opuesto de la palabra, que la anula o la inhabilita, sino como otro modo del decir, con su potencia tanto para significar como para estallar los sentidos domesticados y hegemónicos. Entonces, a más de explorar las palabras de estas hijas que presentan, como sugiere Osorio Soto, una versión *otra* de la historia, habría que indagar en el silencio de sus madres. Y creo que en esa línea podemos leer la otra novela, la de Andruetto.

La literatura que aborda situaciones de violencia colectiva ha sido leída en muchas oportunidades, no solo como un modo de abordar el conflicto y de recuperar la memoria personal y colectiva, sino también como un instrumento para elaborar el duelo, como lo

ha señalado Fernando Reati (2004). *Lengua madre* nos deja seguir el proceso de duelo de una hija que, como lo había hecho también Luz, en la novela de Osorio, pretende reconstruir la historia de su madre a través de las palabras de otros, pero dándole al silencio un rol diferente. Lo que da a luz Julieta no es la voz de la verdad, sino a la madre misma. Es “una hija que hace nacer a la madre de entre unos papeles, unas cartas” (Andruetto, 2010:15).

En uno de los epígrafes de la novela, extraído de una carta a Rilke que le escribe la poeta rusa Marina Tsvietaieva, leemos: “Qué tristeza que no puedas leerme. / Soy a tus ojos sordomuda / (¡No! Sorda no, muda)” (Andruetto, 2010: s/n). Las cartas que encuentra Julieta en esa caja, en casa de su madre, así como los artículos periodísticos, los testimonios de los conocidos, no entablan ningún diálogo posible con ella. Son las palabras de sus abuelos, de su padre, de algún amigo. La única escritura de su madre está dirigida a su abuela Ema, pero nunca llega a enviársela. La garabateó en un papel camino a su insilio en Trelew, luego de un intento fallido de comunicación telefónica. Le dice que la escuchaba, pero que no le pudo hablar, lo cual nos jala nuevamente hacia el epígrafe: “Sorda no, muda”.

Años después, la hija, Julieta, cree escuchar a su madre ahora muerta, diciéndole eso a su abuela: “también muerta, con una voz joven que no le conoció, una voz desde siempre muerta para ella, un mensaje de amor ahora también muerto. Le duele que su abuela nunca haya recibido esa carta” (Andruetto, 2010: 22). Pero hay una nota que sí va a llegarle a Julieta de su madre, al final de la novela. No la había visto, pero estaba en el fondo de la caja. Así como Luz se entera, por el relato de su padre en París, que fue una hija deseada por su madre: “Me gusta, me gusta saber que me querían tener, que me desearon. Me pasé toda mi vida sintiendo que no era mi caso” (Osorio, 2008:319), Julieta lo sabrá también por esa nota final: “*Además de pedirte perdón por todo lo que no fue, quisiera decirte algo: no sé qué pasó ni por qué no pude, pero yo **quise** ser tu madre*” (Andruetto, 2010: 228. Las cursivas y negrita están en el original).

El silencio de Andruetto se cuele a través de las palabras y de las imágenes, explorando sus posibilidades significativas:

Aunque no hayan sido escritas por su madre, aunque en esos papeles no estén sus palabras, las cartas que ahora lee son la madre [...] éstas son las cartas que

su madre ha jugado [...] y lo ha hecho de tal modo, con tal conducción y paciencia, que ese alguna vez ha terminado por llegar (Andruetto, 2010:185).

Es justamente el silencio de Julia, no sus palabras, las que convocan el encuentro y la reconstrucción del pasado. Julia no solo habita el silencio, es en el silencio. A pesar de que hay cartas por las que es posible reconstruir, parcialmente, la vida de Julia, sus ideas, sus deseos, es su silencio el que permitió la indagación de Julieta y el diálogo intergeneracional. ¿Por qué opta por el silencio? ¿Qué es lo que no puede decirse? Quizás la clave está en esa nota final que estaba perdida al fondo de la caja, que es su única palabra: : “*Además de pedirte perdón por todo lo que no fue, quisiera decirte algo: no sé qué pasó ni por qué no pude, pero yo **quise** ser tu madre*” (Andruetto, 2010: 228).

Entiendo que, en ocasiones, el rol del silencio es diferente en estas novelas: en una, como dije, se acerca al vacío; en otra, a un agente verbador, como diría Karina Vázquez en su estudio sobre el silencio de Lengua Madre:

... éste no viene a reafirmar el acallamiento atroz padecido por las víctimas, sino todo lo contrario, aparece como mecanismo activador, ya no tanto de la memoria, sino de una forma de conocer a éstos que creyeron, de volver a escucharlos, de entender un pasado y de arreglar cuentas con una época (205). La novela de Andruetto es una invitación a que el silencio, como una presencia, conduzca a pensar críticamente en un *nosotros* cuya significación —en cuanto a las identidades y los proyectos— ya no resulta de la elocuencia idealista de nadie, sino que se produce a partir de las preguntas y del diálogo entre generaciones... (Vázquez, 2013:128)

Pero pienso que en ambas, de alguna manera, se abre una arista peculiar: insinúan un modo de ser en la maternidad y de decir hacia las hijas. Luz comienza su búsqueda en el momento en que ella se convierte en madre; y Julieta, que hace nacer a su madre de las cartas y fotos de la otra madre, su abuela, completa el ciclo:

Tan parecidas como diferentes su madre de su abuela, y ella de su madre y de su abuela.

Su madre, su abuela, ella.

Su madre, su abuela.

Su madre, ella.

Ella. (Andruetto, 2010: 229)

Esta asimilación de madres e hijas dispara la entrañable frase final de la novela de Andruetto: *Posdata: ¿No me vas a escribir más?* (Andruetto, 2010: 231). Me pregunto quién dice esta frase: ¿María Julia a su madre, Ema, quien era la que efectivamente escribía a su hija?, ¿Julieta a su madre María Julia, luego de encontrar su nota final? Aunque, quizás, deberíamos tener en cuenta el primer epígrafe de la novela, que versa:

A mi madre

A mis hijas

Una hija madre que les escribe una novela. Entonces, pienso este silencio no como un agente verbador, porque eso significaría que el silencio habilita o abre camino a las palabras, es decir que sería reemplazado por estas, sino que me inclino a entenderlo como parte esencial del lenguaje, que puede decir tanto o más que las palabras.

Lo que me interpela de estas novelas es tanto esa presencia de la ausencia: la palabra que no se dice, que no se escribe, pero que está en la novelística argentina escrita por mujeres que tematiza la última dictadura cívico militar, y que nosotros intuimos en la lectura, como esa otra presencia invisible, pero con relieve propio: el silencio como presencia no de una ausencia, sino como espesor de otro modo del decir.

Bibliografía

Andruetto, María Teresa 2010 *Lengua madre* (Buenos Aires: Mondadori).

Escudero Chauvel, Lucrecia 2001 “Desaparecidos, pasiones e identidades discursivas en la prensa Argentina (1976-1986)” en *Cuadernos de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales* (San Salvador de Jujuy) N° 17.

Gatti, Gabriel 2006. “Las narrativas del detenido-desaparecido (o de los problemas de la representación ante las catástrofes sociales)” en *Confines* (Monterrey) Vol.2 N°4.

Mèlich, Joan-Carles 2006 “El trabajo de la memoria o el testimonio como categoría didáctica” en *Enseñanza de las ciencias sociales. Revista de Investigación* (Barcelona) N°5.

Osorio, Elsa 2008 (1998) *A veinte años, Luz* (Madrid: Siruela).

Osorio Soto, María Eugenia 2011 “De la historia oficial a la historia individual: testimonio y metatestimonio en A veinte años Luz, de Elsa Osorio” en *Co-herencia* (Medellín) Vol. 8, N° 14.

Reati, Fernando 2004 “Trauma, duelo y derrota en las novelas de ex presos de la Guerra sucia en Argentina” en *Chasqui: Revista de Literatura Latinoamericana* (Arizona) N°33.

Vázquez, Karina Elizabeth 2013 "Historia y proyectos: un análisis del silencio en Lengua madre de María Teresa Andruetto" en *Revista Signos Literarios* (Richmond) Vol. 9, N° 18.

Zambrano, María 2006 (1939) *Filosofía y Poesía* (México DF: Fondo de Cultura Económica).